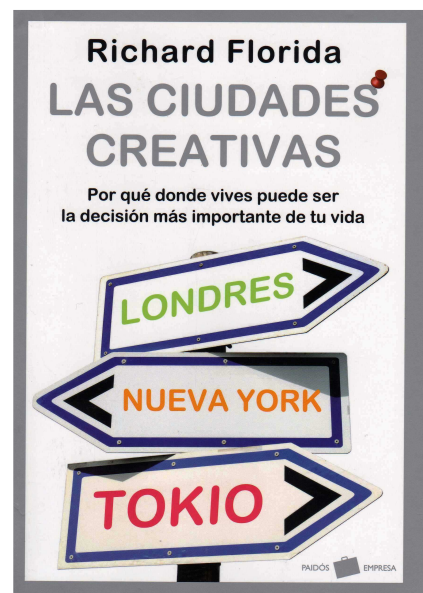


Richard Florida: *Las ciudades creativas. Por qué donde vives puede ser la decisión más importante de tu vida.* Barcelona, Paidós, 2009, 368 págs. (título original: *Who's your city?*. Nueva York, Basic Books, 2008).

Vivimos un periodo histórico en que el secular protagonismo de las ciudades resulta creciente. Por una parte, la proporción de la población que vive en ciudades no deja de aumentar y lo mismo ocurre con su participación en el empleo, la producción o el consumo. Ciudades cada vez más interconectadas albergan las funciones estratégicas que hacen posible y controlan el actual proceso de globalización capitalista. En paralelo, las tendencias descentralizadoras que han impulsado la conformación de un Estado multinivel les otorgan crecientes competencias y recursos, aumentando así su capacidad para promover procesos de desarrollo gestionados de forma más participativa mediante nuevas formas de gobernanza.



Para el impulso del desarrollo, se concede creciente importancia a la influencia del conocimiento como recurso específico, junto a la innovación como estrategias prioritarias para mejorar la competitividad y la calidad de vida urbanas. Pero no todas las ciudades ofrecen las mismas oportunidades a sus ciudadanos para desarrollar sus trayectorias laborales, acceder a una vivienda y a unos bienes públicos de calidad, o desarrollar su creatividad.

Éste es el contexto en que surge el nuevo libro de Richard Florida, uno de los autores más reconocidos -y también más controvertidos- de los últimos años en el ámbito de los estudios urbanos. Si ya a mediados de la pasada década se dio a conocer con su interpretación de las claves para construir las denominadas *learning regions*, fue a comienzos de la actual cuando sus trabajos sobre la *geografía del talento* y, sobre todo, su reinterpretación de la teoría del capital humano al señalar la importancia estratégica de lo que bautizó como *clase creativa*, popularizaron su trabajo más allá del ámbito académico. Su libro sobre las *ciudades creativas*, publicado en 2005, replanteó las claves para impulsar el desarrollo urbano, ampliando las propuestas anteriores de Peter Hall para incidir en la importancia como factor de ventaja competitiva de la cultura y de quienes trabajan en ella, junto a unas élites profesionales crecientemente atraídas por la existencia de un ambiente urbano en el que tolerancia, tecnología y talento convergen como principales factores de impulso.

El éxito de esa obra parece justificar el título que los editores españoles han dado a este nuevo libro, aunque el original (*Who's your city?*) resulte bastante diferente y tanto sus objetivos como su contenido también lo sean, tal como podrá apreciarse en esta breve panorámica de sus objetivos y contenidos.

La cuestión del ¿dónde?

El libro se inicia con una encendida defensa sobre la *fuerza del lugar* y la creciente importancia de la localización para nuestra vida individual y colectiva. Afirmaciones en el sentido de que “el lugar donde vivimos es cada vez más importante para todas y cada una de las facetas de nuestras vidas”, o de que “la ubicación sigue siendo el eje central de nuestra era y es más importante para la economía mundial y para las vidas individuales de lo que nunca lo había sido antes”, resumen ese primer argumento, repetido en numerosas ocasiones a lo largo de la obra, tal como resulta habitual en libros con aspiraciones a convertirse en *best seller*.

No obstante, más allá de esa reiteración, este primer hilo argumental propicia diversas reflexiones de interés, que van más allá de la simple obviedad de frases como las anteriores.

La primera es la denuncia del repetido tópico sobre el *final de la Geografía* en el mundo de la globalización y de las redes, que Florida cuestiona de forma radical al afirmar que “en la actualidad, los factores económicos principales (talento, innovación y creatividad) no están distribuidos de manera uniforme en la economía global, sino que se concentran en lugares específicos”, ante lo que califica como “el increíble poder de la fuerza de concentración”, que permite que algunos territorios de alta densidad sean más productivos, hasta convertirse en motores principales del crecimiento económico.

Al mismo tiempo, en un periodo en que la movilidad de la población aumenta, la elección del lugar de residencia cobra mayor significado, al menos para quienes se desplazan de forma voluntaria. Esa afirmación resulta de especial relevancia en Estados Unidos, donde cada año más de 40 millones de personas cambian de residencia (el estadounidense medio se traslada cada 7 años), pero sus efectos son cada vez más evidentes en otras muchas áreas.

Una tercera idea que nos propone es la de que las ciudades tienden a mostrar personalidades distintas en cuanto al tipo de actividades económicas y empleos predominantes, el ambiente cultural, las amenidades urbanas, el clima social y político dominantes, la preocupación por el patrimonio y el medio ambiente, etc. En ese sentido, la *personalidad urbana* influirá sobre la calidad de vida que pueden alcanzar personas que también tienen demandas y preferencias distintas según los casos.

Estas tres cuestiones centran las temáticas abordadas en la primera mitad de una obra que, de forma voluntaria y explícita, pretende ubicarse entre la divulgación científica y el libro de autoayuda, dirigido finalmente a recomendarnos dónde podemos vivir una vida más plena y feliz. Como el propio autor confiesa, “cuando anuncié que quería escribir un libro para ayudar a la gente a escoger dónde vivir, muchos de mis colegas se asustaron: <<Eres un erudito serio>>, decían, <<los académicos no escriben libros de autoayuda>>. Pero resulta que algunos sí”. Y, animado “por los sabios consejos de su editor”, la segunda parte del libro se dedica a la “geografía de la felicidad” y a proponer el tipo de espacios urbanos más recomendados para según la fase del ciclo de vida, el carácter, la orientación sexual y los valores estéticos de cada persona, incluyendo los correspondientes test y procedimientos para elevar el *índice de felicidad geográfica* a través de un

camino de 11 pasos, que muestra una peculiar *geografía aplicada*, muy del gusto de una literatura *new age*, no sólo posmoderna, sino también poscientífica. Dejaremos, no obstante, de lado esos consejos del gurú para centrarnos en algunas de las restantes ideas del libro que resultan de mucho mayor interés desde nuestra perspectiva.

¿Mundo puntiagudo vs. Tierra plana?

La aparición en 2005 del libro de Thomas Friedman *La Tierra es plana*, supuso un notable éxito editorial. Con un tono periodístico basado en unos cuantos argumentos simples y reiterados hasta la saciedad sobre las diversas “fuerzas que aplanaron la Tierra” en las últimas décadas, trufados de numerosas anécdotas y ejemplos supuestamente demostrativos -con Bangalore como nuevo Eldorado tecnológico-, el libro supuso una nueva y brillante actualización de ideas bastante menos novedosas. La supuesta liberación de las restricciones espacio-temporales permitidas por la revolución de las TIC y, sobre todo, de Internet, junto a la promesa de ese *mundo sin fronteras* vaticinado ya por Kenichi Ohmae como resultado de la globalización de los mercados y la liberalización de todo tipo de intercambios, parecía acabar con tendencias concentradoras seculares y abrir nuevas oportunidades para aquellos territorios que supieran aprovechar esas nuevas condiciones.

Se ignoraban así análisis de bastante mayor profundidad como los de Manuel Castells en relación con la *sociedad red* o con su *geografía de la galaxia Internet*, en los que ya alertaba del carácter profundamente desigual subyacente a estos fenómenos, con el riesgo de que la diferente capacidad de las sociedades y los territorios para adaptarse a los cambios propiciase una profundización de las *brechas* digital y cognitiva a cualquier escala espacial, de no mediar actuaciones decididas para evitarlo.

Florida también arremete contra las tesis de Friedman, aportando información precisa sobre la creciente polarización a favor de un reducido número de *megarregiones* metropolitanas, que concentran una proporción creciente de la población, el empleo o la riqueza mundiales. Pero, aún en mayor medida, de los recursos e infraestructuras necesarios para producir, difundir y aplicar conocimiento, del capital humano más cualificado, o de los principales resultados de la innovación, elementos de valor estratégico en un contexto cada vez más competitivo. Esta idea tampoco es novedosa para los estudiosos y recuerda mucho a la metáfora del archipiélago metropolitano que emerge frente a amplios espacios que se sumergen, propuesta por Dollfus o Veltz, pero el mérito de la obra es que ahora se aportan nuevos datos que ayudan a precisar las dimensiones de esa desigualdad.

En ese sentido, Florida propone una original metodología para estimar los fenómenos de concentración espacial, a partir de los mapas mundiales elaborados por Gulden, que delimitan grandes regiones urbanas a partir de las diferentes intensidades de luz nocturna, trasladadas a estimaciones sobre los niveles de consumo de energía y, por extrapolación, de actividad económica. Al aplicar a esas megarregiones los datos disponibles sobre población, registro de patentes o residencia de científicos e investigadores, permite llegar a diferentes conclusiones, entre las que puede destacarse el hecho de que

apenas 40 megarregiones urbanas en el mundo acogen al 16% de la población mundial, pero generan el 66% de la actividad económica y hasta el 86% de las patentes registradas.

El aspecto más cuestionable de sus planteamientos tal vez sea el esquematismo de contraponer al mundo *plano (flat)* de Friedman un mundo *puntiagudo (spiky)*, dominado por unas pocas megarregiones, olvidando los fenómenos de deslocalización selectiva y la creciente importancia de las ciudades de tamaño intermedio y los sistemas urbanos policéntricos en diversas regiones del mundo. Pero no puede negarse el valioso esfuerzo realizado para demostrar que nada se distribuye de modo más desigual en el territorio que el conocimiento, la innovación y el capital humano pues, según sus palabras, “las personas y las empresas creativas se concentran por las importantes ventajas productivas, por las economías de escala y por todo el conocimiento que genera tal densidad”. Por eso, “el mundo dista mucho de ser plano, pero la densidad actual de la red de interconexiones entre los picos puede dar esa impresión a una minoría privilegiada”. Su conclusión en este aspecto resulta también sugerente: la competencia global incita hoy a las grandes megarregiones urbanas a seguir creciendo, a costa de exacerbar con ello las disparidades socioeconómicas y territoriales, fomentando así potenciales conflictos, por lo que “gestionar las desigualdades entre las cimas y los valles de todo el mundo es el mayor reto político de nuestra era”.

La movilidad de la *clase creativa* y su impacto urbano.

Una segunda temática del libro, más vinculada a sus publicaciones de la última década, centra la atención en la creciente movilidad de la población y del empleo, que convierte la elección sobre el lugar en que vivir en algo cada vez más frecuente y de mayor importancia desde la perspectiva de las oportunidades profesionales. Pero no se trata aquí de una reflexión sobre las actuales migraciones internacionales de trabajadores hacia las regiones prósperas del planeta, sino que su atención se limita -aún sin explicitarlo- a los titulados universitarios y los cuadros profesionales que constituyen esa supuesta *clase creativa* y que no sólo son su objeto de investigación específico, sino también la mayor parte de sus potenciales lectores, así como en el ámbito estadounidense, del que procede toda la información aportada.

La idea de que “el lugar donde se vive limita o aumenta las oportunidades con que uno se encuentra, desde la cuna hasta la tumba”, no hace sino destacar la importancia de esa movilidad que Florida considera es cada vez más de carácter voluntario, lo que sin duda puede ser cierto en ciertas regiones desarrolladas y para ciertos grupos sociales, pero resultaría bastante más discutible si la perspectiva fuese más amplia. A partir de ese supuesto, la capacidad que las ciudades tengan para atraer a esos grupos socioprofesionales asociados a la noción de *talento* resultará un factor de primer nivel para potenciar su desarrollo.

Según los datos procedentes de diversos estudios publicados en los últimos años, tres cuartas partes de los recién licenciados (estadounidenses) deciden primero dónde quieren vivir y luego buscan trabajo en ese mercado. Eso está provocando una reubicación masiva de personas con niveles educativos

elevados, buenos trabajos y altos ingresos en un número reducido de regiones metropolitanas. Estos grupos, que Florida afirma representan ya el 30% del empleo en Estados Unidos, suelen optar por dos tipos de localizaciones: o bien las áreas residenciales suburbanas de baja densidad y alta calidad ambiental o, cada vez más, ciertos barrios centrales de determinadas ciudades en proceso de *gentrification*, donde lo que David Brooks identificó como el *burgués bohemio* (al que denominó *BoBo* de forma abreviada) sustituye a las clases medias y populares que las ocupaban.

Se genera así un proceso circular y acumulativo, en el que las grandes regiones metropolitanas atraen al talento y éste contribuye a reforzar su potencial económico y de innovación, al generarse dinámicas de proximidad que generan economías externas y propician el flujo interactivo de conocimiento tácito. Pero se trata de un proceso también desigual, en el que las ciudades muestran una capacidad de atracción muy diversa. A la hora de explicar el éxito de algunas, Florida no olvida la importancia de las oportunidades de empleo de calidad para esos grupos; pero su aportación más original ha sido destacar la importancia de la calidad de vida, incluyendo factores extraeconómicos como la tolerancia y la diversidad cultural, la estética o las amenidades urbanas, entendidas ahora como ventajas competitivas, que correlaciona con la proporción de población bohemia o gay mediante el cálculo de índices y el uso de correlaciones estadísticas que han sido objeto de amplio debate.

El resultado final de su argumentación, aquí apenas esbozada, conduce a conclusiones operativas nada asépticas, que propician también la reflexión. Según afirma el autor, “ahora ya no importa dónde habita la mayoría de la gente, sino dónde habita la mayoría de la gente más formada”. Eso conduce a defender políticas urbanas pensadas, sobre todo, para atraer a estos grupos socioprofesionales que algunos han calificado de *aristocracia móvil del saber*, mediante la atención a todo aquello que pueda mejorar sus condiciones de vida, lo que ha sido considerado como elitista por autores críticos con las tesis de Florida como Shearmur o Tremblay.

En resumen, se trata de una obra de notable interés, tanto por las valiosas aportaciones de algunos de sus capítulos, como por la polémica que acompaña al estilo y a algunos de los argumentos habituales de un autor que no suele dejar indiferente. Más allá de afirmaciones concretas, en obras como las de Florida resulta cuestionable la frecuente equiparación de conceptos como los de inteligencia, talento o creatividad, claramente diferenciados en el ámbito de la Psicología, que aquí se vinculan a una titulación académica, un sector de actividad o un tipo de puesto de trabajo, lo que es fuente de una confusión que se incrementa al trasladar rasgos individuales a la caracterización de ciudades. Pero, en cualquier caso, la capacidad de Florida para reivindicar con argumentos el protagonismo actual del territorio y, en especial, de las ciudades en la era de la globalización, reinterpretar las claves del desarrollo urbano y plantear la necesidad de nuevas estrategias de promoción, supone un conjunto de aportaciones sugerentes que deberían animar a la realización de más estudios empíricos en nuestro entorno próximo, sobre los que replantear unos debates de indudable actualidad.

Ricardo Méndez (IEGD-CSIC)